



12º CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT68: Abriendo la antropología en Argentina y América Latina: actores, ideas y prácticas en circulación (siglo XIX-XXI)

Clivajes y situaciones en las prácticas de historización de la antropología argentina: un vistazo preliminar del Primer Congreso de Historia de la Antropología Argentina

Axel Lazzari, Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín. axellazzari@gmail.com

Gloria D'Alessio, Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín.

dalessiogloria@gmail.com

María Belén Devoto, Dpto. Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Tres de Febrero.

mbdevoto@gmail.com

Rocío Deza, Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín.

rociodeza024@gmail.com

Joaquín Gómez Trevijano, Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín.

jgomeztrevijano@gmail.com

Mariana Rud Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín.

marianarud.unsam@gmail.com

Victoria Sanguinetti, Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín.

vicky.sanguinetti@gmail.com¹

¹ Los autores integran el Proyecto “Pluralización, contactos y antropología histórica del presente: hacia un modelo de comprensión *sui generis* de las ‘antropologías argentinas’” (Proyecto Bional K042/UNSAM) dirigido por Axel Lazzari y codirigido por Anne Gustavsson. El proyecto forma parte del Programa de Estudios de Antropologías Argentinas en Contacto (PEAAC), con sede en el Centro de Estudios Socioterritoriales, de Identidades y de Ambiente (CESIA), Escuela IDAES, UNSAM.

Resumen

El Primer CHAA confirmó el creciente interés que despierta la investigación de los avatares históricos de la disciplina antropológica en Argentina. Estas preocupaciones se entraman en un presente en el que la propia profesión antropológica en Argentina se está expandiendo y desbordando el corset docencia-investigación que encuentra (todavía) en la Universidad y el CONICET sus formatos institucionales. A esta situación emergente se agregan la ya operantes tendencias hacia la especialización del conocimiento científico evidenciadas en la subdisciplinarización de la antropología (social/cultural, arqueológica, biológica, folklórica, lingüística, etnohistórica, etc.). Cabe mencionar también la impronta de las tensiones entre la llamada “antropología académica” y la denominada “antropología aplicada” y “de gestión”, por una parte, y entre las antropologías del “centro” (eje Buenos Aires-La Plata) y de la “periferia” del Interior. Estas y otras fuerzas centrífugas se expresaron como clivajes en los variados espacios de encuentro y discusión del CHAA.

En esta ponencia, enmarcada en el Programa de Estudios de Antropologías Argentinas en Contacto (PEAAC), buscamos identificar, describir y analizar los principales clivajes que emergieron en el CHAA a partir de las intervenciones de sus participantes en los grupos de trabajo, los conversatorios, las mesas redondas y los debates. De este modo, contaremos con una primera cosecha de materiales empíricos para abordar algunas preguntas que nos convocan: ¿Qué significa el relativamente nuevo interés en historizar la antropología en Argentina dadas las tensiones que atraviesan nuestro oficio?, ¿qué modos de historizar pueden identificarse en el encuentro?, ¿cómo se correlacionan con los clivajes que identificamos?, ¿existen pisos de acuerdo, y en tal caso cuales, entre las historizaciones, aun en competencia?, ¿es el gesto de historización, cuando se actualiza en un espacio-tiempo ritual como un congreso, un modo de construir comunidad? Estas y otras preguntas nos ayudarán a interpretar los materiales a los fines de dar los primeros pasos en una investigación sobre las modalizaciones de la “conciencia histórica” contemporánea de la disciplina en Argentina.



Palabras clave: *Congreso de Historia de la Antropología Argentina; comunidad; historización; tensiones.*

Introducción

El Primer Congreso de Historia de la Antropología Argentina tuvo lugar en el Archivo Nacional de la Memoria, Ciudad de Buenos Aires, en noviembre de 2018, organizado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) en el marco de su 75° aniversario². La reunión fue anunciada como un “espacio de encuentro profesional y reflexivo sobre la dimensión sociopolítica de la disciplina, la producción de conocimiento, su enseñanza y ejercicio laboral en un sentido amplio”³. A lo largo de tres días tuvieron lugar dos conferencias, dos conversatorios y veintitrés simposios en los que se presentaron alrededor de 200 ponencias firmadas por practicantes de todos los campos de la antropología en el país (social y cultural, arqueológica, biológica, lingüística, folklore, etnohistoria, forense) --hecho inédito que requeriría reflexión aparte--, incluyendo una pequeña porción de profesionales mexicanos, paraguayos, uruguayos y chilenos, entre otros. El congreso confirmó el creciente interés que despierta la investigación de la historia de la disciplina antropológica en la Argentina, el cual viene entramado a un presente profesional caracterizado por la expansión cuantitativa y geográfica y por un reconocimiento público más amplio que, en conjunto, desafían el tradicional formato docencia-investigación sostenido en las instituciones universitarias y el CONICET. Ante estos desarrollos relativamente recientes se revelan tensiones en el orden del discurso y el campo antropológicos nacionales --algunos de larga data, otros nuevos-- que precipitan momentos de crisis y reflexión sobre los presupuestos de comunidad y tradición que operan en la definición de la identidad profesional. A la hora de dar sentido al pasado desde el presente (y viceversa), las prácticas de historización convocadas por vez primera y explícitamente en un congreso de

² La coordinación general estuvo a cargo de Carlos Masotta (CONICET/ INAPL/ UBA) y Vivian Scheinsohn (CONICET/ INAPL/ UBA). El comité organizador estuvo conformado por Marcelo Álvarez (INAPL), Myriam Angueira (INAPL), Carolina Crespo (UBA/ CONICET/ INAPL), María José Fernández (UNA/ INAPL), Ana Carolina Hecht (UBA/ CONICET), Nora Kuperszmit (INAPL) y Axel Lazzari (CONICET/ UNSAM).

³ <https://www.congresodehistoriadelaantropologiaargentina.com/>

historia de la antropología argentina ofrecen la oportunidad de explorar dichas tensiones en un contexto interaccional. El objetivo de esta ponencia consiste pues en identificar los principales clivajes que condicionan las operaciones de historización de la disciplina y sus productos, teniendo en cuenta el contexto situacional de su emergencia en un congreso académico. Los materiales empíricos provienen de registros etnográficos de algunos simposios⁴, videos oficiales de los conversatorios y conferencias, y de las ponencias publicadas en las Actas del congreso. Huelga decir que nuestra reflexión está constitutivamente implicada en el objeto y recorte problemático.

Conceptos, problema y abordaje

En el congreso, en tanto que institución del quehacer académico-científico, se dan cita *prácticas de historización* de la disciplina en las que se expresan contextualmente diferentes tipos de clivajes que atraviesan el *campo académico* y el *orden del discurso* antropológicos⁵ en el presente. Los *clivajes* son articulaciones en tensión entre pares opuestos o haces de relaciones entre pares opuestos; manifiestan un carácter estructural y son condición de reproducción del campo y el discurso en un momento dado. Las prácticas en contextos situacionales concretos los implican o señalan, refuerzan o critican, tendiendo hacia un efecto de congregación y de reconocimiento mutuo entre los participantes. En otros términos, las prácticas de historización que se ponen en juego presuponen un campo y un discurso que se experimenta como *tradición en común*, como *comunidad* de intereses y valores distintivos. Difieren, en cambio, según los modos en que formulan, articulan y jerarquizan las tensiones de cara a la reproducción de esa

⁴ Estos registros fueron realizados por estudiantes de la carrera de Antropología Social y Cultural de la UNSAM (Mariana Rud, Paula Man, Gabriela Cimador, Marisa Benítez, Pablo de Vedia, Merlina Sessano, Miranda Hochman, Florencia Perrier y Agustín Pucci).

⁵ El campo, entendido como un sistema estructurado de posiciones y relaciones de poder, se define en relación a los capitales e intereses específicos que se ponen en juego en determinadas condiciones sociales e históricas, "que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios" (Bourdieu 2002: 120). En el caso del campo científico lo que está en juego es el capital simbólico y la lucha entre agentes e instituciones por obtener legitimidad, válida estrictamente en los límites de ese campo. Esta definición puede complementarse con la de orden discursivo, en tanto que condición de legibilidad del mundo, en este caso del campo. El discurso define autoridades y exclusiones y es aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha (Foucault 1996: 41).

tradición, por una parte, y a las modalidades de comunidad que insinúan, por la otra. Ambos problemas adquieren mayor relieve si reconocemos en la instancia del congreso un doble carácter de situación social y de ritual de interacción. El congreso puede modelizarse, en este sentido, como una situación social (Gluckman 1968) que se desarrolla a lo largo de escenas de interacción formal e informal con potencial ritual, reuniones de cuerpo presente en las que están en juego a través de diferentes intercambios, fórmulas y pautas de sociabilidad, tanto la posición y la “cara” de los participantes como el conjunto social (Collins 2009)⁶. Los diversos diagnósticos y comentarios acerca de (la historia de) la antropología argentina, planteados por los actores en función de posiciones e identidades adscriptas en un campo estriado pero con “sustrato común”, adquieren variable fuerza interpelativa y afectiva a la hora de modelar subjetividades según los contextos de interacción. En virtud de la mencionada doble perspectiva estructural e interaccional, cognitiva y afectiva, la interpretación de una intervención puntual requiere un ida y vuelta entre lo enunciado y la situación de enunciación (identidad atribuida del emisor, posición en el campo, tipo de situación, etc.). La ponencia, la intervención oral y el comentario ocasional son actos enunciativos ante un público en los que el emisor se expone a la aprobación, la réplica o la indiferencia de los interlocutores en el *aquí y ahora*, constituyéndose así en pruebas de fuerza con capacidad de instituir (o disgregar) autoridad y moralidad (Boltanski y Thevenot 2006). Por esta razón, atenderemos en nuestro análisis al modo en que se desenvuelven las rutinas que reproducen los clivajes “en común”, señalando también algunas anomalías al *borde del juego*, esto es, en *off side* del campo y del discurso vividos como un nosotros y una historia compartida.

⁶ Collins (2009) define el ritual de interacción como un conjunto de procesos unidos por conexiones causales y bucles de retroalimentación. En el ritual de interacción se retroalimentan las siguientes dimensiones: un encuentro corporal afectante, un foco de interés común entre los participantes, un mismo estado de ánimo compartido, una conciencia de quienes son partícipes y quienes no lo son. Siendo el foco de interés en común y la afectividad compartida las claves del ritual, su éxito o fracaso depende de sostenerlas y acoplarlas, aunque existe el riesgo de un formalismo vacío (interés en común sin afectividad entusiasta) o de una distracción del foco.

En síntesis, el problema que planteamos se sitúa al nivel de las prácticas de historización desarrolladas en el marco de ciertas estructuras en tensión propias del campo y del discurso antropológicos en la Argentina, prácticas situadas, repetimos, en el contexto de un congreso entendido como secuencia de rituales de interacción. Al privilegiar la interpretación de los contenidos de estas modalidades de historizar en función de las tensiones estructurales y situaciones de interacción, buscamos complementar (y enriquecer) la perspectiva más usual en este tipo de análisis que consiste en centrarse en la hermenéutica de los discursos mismos, separados de sus contextos de enunciación y condiciones de posibilidad. Esto es así porque, por lo general, el analista cuenta sólo con el producto final de un congreso como las Actas y debe inferir las huellas de producción triangulando otra información. En nuestro caso, dado que hemos llevado a cabo un registro etnográfico --parcial pero significativo-- de algunas sesiones, se hace posible restituir esos discursos a su instancia de emergencia. Al fin y al cabo, está en la virtualidad de los fenómenos que estudiamos el ser “desconectables” y “reconectables” alternativamente a distintas redes, algunas más perdurables (y efectuales) que otras.

Diez clivajes estructurantes

En las operaciones de historización de la disciplina que se desarrollaron a lo largo de las actividades del congreso es posible inferir, teniendo en cuenta su desigual refracción en el plano de los contextos interaccionales, la recurrencia de diez clivajes estructurantes.

- 1) *Clivaje intradisciplinario*: refiere a las tendencias centrífugas de las subdisciplinas antropológicas.
- 2) *Clivaje interdisciplinario*: remite al contraste de la antropología con otras disciplinas.
- 3) *Clivaje interinstitucional*: señala las tensiones entre los diferentes espacios académicos de pertenencia de los participantes.
- 4) *Clivaje geopolítico*: manifiesta la asimétrica trayectoria de las instituciones antropológicas del “centro” (eje Buenos Aires- La Plata) y de la “periferia” (provincias).

- 5) *Clivaje epistémico-teórico*: refiere a las diferentes adscripciones teóricas, por lo general heredadas.
- 6) *Clivaje entre científicos/ académicos y “sujetos de estudio”*: remite a la creciente tensión entre los objetivos de los investigadores y las agendas de interlocutores en campo que reclaman reconocimiento, voz o colaboración.
- 7) *Clivaje entre antropología académica y no académica*: contrasta la práctica tradicional de docencia e investigación y las antropologías aplicada, en la gestión, extensionista, de divulgación e, inclusive, aficionada.
- 8) *Clivaje entre “especialistas normalizados” y “exploradores”*: distingue entre investigadores al tanto de discusiones sobre historia y sociología de la ciencia o “antropología de la antropología” e investigadores ocasionales⁷.
- 9) *Clivaje entre “grupos de pertenencia” académicos*: marca la distancia entre diferentes categorías de afinidad política-académica (parcialmente reflejadas en ideologías políticas más amplias) que eventualmente operan como cliques.
- 10) *Clivaje de género*: pone de relevancia visibilidades asimétricas en el sistema sexo-género.

Estos clivajes implican disputas por recursos, legitimidades y valores *dentro* del campo, dejando su huella, muchas veces borroneada, en los modos de entrar al discurso, seleccionar y tratar temáticas, en la interacción. En efecto, la mayoría de las veces estas tensiones están implicadas *antes* de la articulación del discurso --por ejemplo, en la distribución jerárquica espacio-temporal de los participantes, en las grillas clasificatorias, en lo que no se dice, en las presencias y ausencias de participantes-- requiriendo para su interpretación de cierto *habitus* del así llamado “nativo”; en otras ocasiones, las tensiones aparecen tematizadas explícitamente y

⁷ Desde un punto de vista ético, consideramos “especialistas normalizados” a los estudiosos que abordan la historia de la disciplina y manejan problemáticas, estados del arte y bibliografías más amplias que el de la propia disciplina estando en condiciones de establecer diálogos y debates con otros estudiosos de la historia de las ciencias sociales, la historia intelectual, los estudios de la ciencia, etc. Llamamos “exploradores” a los investigadores que desarrollan incursiones historiográficas acotadas en respuesta a requerimientos puntuales de su problema de estudio. La distinción evoca parcialmente el contraste propuesto por Isaiah Berlin entre los erizos --concentrados en definir ideas y matrices generales- y los zorros --impulsados a moverse entre ideas y atraídos por problemas diversos. Claro está que también hay especialistas erizos y especialistas zorros.

admiten cierto tratamiento analítico y, por último, pero ya con muy poca frecuencia, los clivajes se expresan abiertamente y pueden surgir debates y controversias con potencial de alterar clasificaciones, autoridades y “ánimos” entre los presentes (llegando a los ausentes a través del rumor).

Como la mayoría de las actividades académicas institucionalizadas, la celebración de un congreso requiere un largo proceso de organización y programación que convoca a diferentes actores y moviliza diferentes tipos de recursos. Este proceso puede desglosarse en dos momentos intercalados por dos “mapas”: los preparativos y sesiones públicas, y el programa y las Actas, respectivamente. A continuación, nos centramos en la descripción y análisis del problema en las sesiones públicas --y entre ellas, de algunas que consideramos claves--, aludiendo sintéticamente requiera a observaciones provenientes de las otras instancias.

Las “patas de la cocina”: institución híbrida, alianza entre subdisciplinas, “diálogo”, “porteñismo”

No se trata aquí de anecdotizar la “cocina” de la organización del congreso sino de identificar las “patas” que la sostienen. El primer dato relevante que salta a la vista para un participante del campo académico es que la institución convocante haya sido el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), organismo perteneciente al ámbito de las agencias culturales del estado nacional. No obstante orientarse a las políticas culturales, el INAPL alberga en su seno algunos investigadores que son, a la vez, profesores universitarios y miembros del CONICET. Podríamos decir que el propio INAPL está atravesado por el clivaje entre academia y gestión. En este sentido, la autoridad para convocar legítimamente a un congreso de alcance nacional (e internacional) dependía de la existencia de una red de investigadores que conectaba al mencionado instituto del Poder Ejecutivo Nacional con el CONICET y los ámbitos universitarios desde donde, por lo general, se organizan estas reuniones académicas. Una segunda observación remite a que el principal mentor del congreso --un antropólogo sociocultural-- construyó una alianza con una arqueóloga de la misma sede a los fines de fortalecer la propuesta dirigida a la directora del INAPL --una etnolingüista-- y abrir más posibilidades de acceso a

recursos. Por otra parte, la comisión organizadora constituida ad hoc estaba conformada por personal e investigadores del INAPL, con una única excepción: uno de los autores de esta ponencia (ver nota 2). Este investigador y docente se sumó al elenco (creemos) por una combinación de tres razones: provenir de una institución universitaria donde se dicta la carrera de antropología (UNSAM), haber realizado algunos estudios previos sobre la temática y ser amigo del principal convocante. En cualquier caso, el “extranjero institucional” incorporaba a la comisión el gesto de un “diálogo” que conjuraba cualquier fantasma de un monólogo institucional. Por último, hay que remarcar el carácter “porteñocéntrico” (en el decir de los no porteños) de la iniciativa, expresión del clivaje geopolítico que atraviesa el campo. En suma, las tratativas durante los meses de organización --no exentas de algunas tensiones en torno a criterios para organizar homenajes o invitar personalidades internacionales-- arribaron a un consenso que se manifiesta en el programa del congreso.

Ojeando el programa del congreso: memoria y política, especialización incipiente y el “más allá” de la academia y de la antropología

Al tomar conocimiento del esquema organizativo de las secciones del congreso un participante del campo antropológico en la Argentina pasearía su vista por las distintas actividades ofrecidas, identificaría nombres, instituciones, temas y agendas de coyuntura y, a partir de entonces, evaluaría en cuales participar. Ya en esta primera aproximación a vuelo de pájaro entendería el sentido de la mayoría de las secciones y de la distribución de los participantes en ellas. En este acto de clasificación y valoración (autoclasificándose y autovalorándose en el mismo gesto) se elige sobre un “menú” cerrado y jerarquizado. La jerarquía viene dada por los tipos de encuentro, suponiéndose que las reuniones de apertura y cierre del congreso son obligadas para los que asisten, pues allí se articulará el sentido general y los valores que guían el encuentro; luego siguen los conversatorios, que se presentan como temas de interés general, y, finalmente, los simposios en cuya órbita se desarrollan los temas específicos.

Las conferencias de apertura son significativas ya desde sus títulos y oradores: “La Antropología Forense en la investigación de violaciones a los DD.HH.: una

perspectiva global”, a cargo de Analía González Simonetto, del Equipo Argentino de Antropología Forense, y “Restituciones. Cuando se escriba la historia de la antropología argentina”, pronunciada por Carlos Masotta, antropólogo social en papel de “explorador” de la historia de la antropología. Ambas intervenciones ponen de manifiesto y amplifican en clave simbólica el locus del encuentro que no es otro que el Archivo Nacional de la Memoria⁸. Es más, la temática que las une es la investigación de los desaparecidos y de lo desaparecido, de lo reparado en la memoria y de lo restituido. Esta intertextualidad situada en semejante espacio resuena entre los participantes dando la tónica de los valores que *deben* regir la reconstrucción emprendida por las prácticas de historización de la antropología en la Argentina. El primer congreso sobre la temática nace así con las marcas de un ritual de memoria que define hitos, umbrales y límites que, no por implícitos, son menos compartidos por los asistentes. Cabe señalar, además, el carácter doble, o en dos tiempos, de la conferencia de apertura, con su efecto de autoridad compartida entre una antropología pública y política, y una reflexión más distanciada pero no menos involucrada por parte de un “no historiador” de la antropología.

Si las conferencias indicaron un horizonte ético deseable, los dos conversatorios focalizaron directamente en el tema convocante. El primero de ellos lleva por nombre “Historias en las memorias: la antropología argentina de los últimos 60 años en la voz de sus participantes” e invita a seis investigadores con una vasta trayectoria profesional a “hacer memoria” de sus biografías intelectuales a través de los cambiantes contextos históricos de la disciplina antropológica⁹. El segundo conversatorio se titula “Pasados de la Antropología argentina, investigación y legado” y reúne a cuatro antropólogos especialmente abocados a la investigación histórica

⁸ La Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) fue uno de los centros de detención, tortura y exterminio más importantes que implementó la última dictadura cívico militar en la Argentina entre 1976 y 1983. Hoy es un espacio abierto a la comunidad, que busca preservar la memoria y promover y defender los derechos humanos. Está ubicado en el barrio de Núñez, en la zona norte de la Ciudad de Buenos Aires (<https://www.espaciomemoria.ar/>).

⁹ Los invitados fueron Raúl Carnese (Director de la Sección de Antropología Biológica, Profesor Consulto. FFyL/ UBA), Alicia Martín (Profesora Titular FFyL/ UBA/ INAPL), Lidia Nacuzzi (CONICET/ CIS-IDES), Juan Carlos Radovich (FFyL/ UBA, CONICET), Hugo Ratier (FFyL/ UBA), Verónica Williams (Instituto de las Culturas/ UBA/ CONICET). El moderador fue Axel Lazzari.

de dicha disciplina¹⁰. El módulo de los conversatorios refleja entonces la intención de explicitar la distinción entre memoria e historia que, a su vez, se abre al clivaje entre “especialistas normalizados” y “exploradores”.

Repasemos ahora los títulos de los 23 simposios del congreso, señalando en ellos la presencia de tensiones en el campo y en el orden del discurso. En líneas generales, los simposios se bifurcan en dos grandes categorías que revelan el clivaje entre “especialistas normalizados” y “exploradores” en la historia de la antropología. A este último caso responden muchos simposios que se organizaron con la intención de ensayar historizaciones o estados del arte de los campos temáticos de su incumbencia (simposios 2, 3, 4, 6, 15, 16).

El segundo tipo de simposio responde a un interés historiográfico. A estas sesiones concurren investigadores “especialistas” en el estudio histórico de la disciplina, lo cual se refleja a intervenciones analíticas sobre trayectorias de autores, instituciones, publicaciones, redes, expediciones y teorías situadas en el pasado, reflexiones sobre archivos, colecciones, etc. (simposios 1, 5, 8, 11, 12, 13, 14, 17, 20, 22).

A la anterior división se suma una tercera categoría que aborda la problemática del congreso tangencialmente, abocándose a reflexiones sobre la disciplina y la profesión en clave más contemporánea (simposios 7, 9, 10, 18, 19, 21, 23).

Esta clasificación muestra de un golpe que la especialización temática, siendo apenas la más numerosa, se recorta contra un fondo más amplio de intereses y contribuciones que se ven atraídos por el llamado a historizar la disciplina¹¹. Esta disminución de foco no es necesariamente negativa ya que permite el diálogo entre investigadores “especialistas”, “exploradores” y tangenciales, compensando idealmente perspectivas.

Atravesando estas grandes categorías de simposios aparecen recurrentemente otras articulaciones en tensión. Veamos algunos ejemplos. El clivaje intradisciplinario tiende a expresarse en simposios preparados exclusivamente o con predominio de practicantes de alguna de las subdisciplinas (2, 11, 12, 13, 17, 20), aunque

¹⁰ Moderados por Carolina Crespo, los invitados fueron Patricia Arenas (UNT), Máximo Farro (CONICET/ UNLP), Rosana Guber (CONICET/ IDES) y Susana Luco (Investigadora independiente).

¹¹ Es posible que haya cierta inflación en los números totales dado que el CHAA vino a funcionar como un sustituto ocasional del postergado Congreso Argentino de Antropología Social.

obviamente aparece al interior de muchos simposios. En contraste, son pocos los simposios organizados entre antropólogos e investigadores de otras disciplinas (1, 9, 15). El clivaje interinstitucional se expresa tanto como homogeneidad de pertenencia del grupo organizador (2, 5, 6, 21, 23) así como, por regla general, en la coexistencia de participantes de distintas casas de estudio. Existen otros clivajes implicados, como el de los “grupos de pertenencia” y el de las “adhesiones” epistémico-teóricas (por lo general van juntos y atraviesan instituciones y subdisciplinas), o el de género. Desde la perspectiva de un conocedor del juego, éstos últimos tienden a reflejarse en las identidades de los organizadores de cada simposio.

En todos estos casos nos referimos a la estructuración inercial que subtiende el congreso, pero los clivajes se hacen explícitos en la medida que sirven de título a un simposio que se propone analizarlos como tales. Están aquellos que abordan la hendidura geopolítica del campo (15, 22), y los que se dedican a la discusión de las relaciones de exclusión o filtraje entre el orden del discurso y el campo académicos y las formas de la antropología no académica (1, 7, 8, 11, 12, 15, 16, 18, 19). Están también los simposios que plantean la tensión entre académicos y sujetos de estudio (5, 6, 10, 13, 17, 21, 23). Llamativamente, el clivaje de género no se manifiesta al nivel de la organización de los simposios ni de las otras actividades, aunque sí aparece tematizado en algunas ponencias distribuidas en diferentes sesiones.

De la apretada exposición precedente puede inferirse que “en el papel” del programa (luego veremos qué sobrevivió “en el papel” de las Actas publicadas) se muestra un campo académico estriado por variadas tensiones que impele a los actores a congregarse y posicionarse, desarrollando estrategias de construcción de metadiscursos autorizados con pretensión interpretativa. En las conferencias de apertura y en los conversatorios se marcan los valores del hacer memoria, la defensa de la democracia contra la dictadura, lo justo de restituir memorias y reparar olvidos. Aunque los clivajes condicionan las estrategias de participación de los actores, no todos acceden a la conciencia temática y, cuando así sucede, lo hacen de diferente modo reflejando relaciones de fuerza y autoridad en el contexto de interacción.

Las prácticas de historización surgidas en el congreso focalizan en problemas suscitados por las ansiedades contemporáneas. En primer lugar, el desborde de la antropología académica en una antropología no académica, lo cual se refleja en la situación del campo en la actualidad con la expansión y apertura de algunas opciones de ejercicio profesional por fuera de la docencia universitaria e investigación, tales como gestión, consultoría, antropología pública, etc. Al respecto, ¿tiene algo que enseñarnos el abordaje de los mal conocidos pasados de la antropología?¹² En segundo término, el desborde de la antropología hacia virtuales antropologías otras (o no antropologías). Los practicantes de distintas subdisciplinas (sobre todo, arqueólogos, bioantropólogos y museólogos, pero también antropólogos sociales) se ven interpelados crecientemente por sujetos (sobre todo, pueblos indígenas) otrora mudos, invisibles o pasivos objetos de estudio, que ahora reclaman derechos culturales, diálogo epistémico y alianza política. En este sentido, ¿puede echar luz la historia de la antropología sobre esta situación emergente?¹³

En definitiva, las prácticas de historización de la antropología argentina en el marco del CHAA discurren en torno a valores de justicia y memoria, señalan la emergencia de una especialización incipiente en la temática y, dadas ciertas recurrencias significativas, responden a las ansiedades sobre futuros profesionales e, inclusive, sobre la propia existencia como disciplina académica y orden discursivo determinado. De un modo u otro, el CHAA viene a ofrecerse como una piedra de toque del desafío democratizante a la república de los antropólogos.

Las interacciones: exponiendo clivajes, arriesgando la “cara”, ¿debatendo?

Debido a limitaciones de espacio nos centraremos en el tratamiento de tres clivajes centrales del campo y el discurso antropológicos en el presente, dada su nítida manifestación durante las interacciones del congreso. Ellos remiten a las tensiones

¹² Es paradójico que una disciplina epistemológicamente “diagonal” como la antropología se resista a abordar la diagonalidad, tan evidente en sus orígenes, que enlaza su carácter académico con sus otras facetas práctico-profesionales.

¹³ Resulta tentador trazar un paralelismo entre las preocupaciones de mediados del siglo XX en torno a la desaparición de la antropología como consecuencia de la aculturación de los “pueblos etnográficos” (la llamada pérdida del objeto), y la ansiedad contemporánea fundada en la reaparición política, cultural y “ontológica” de los pueblos indígenas. La emergencia de un actor concreto parece conmocionar más que la desaparición de un objeto fantasmático.

entre arqueología y antropología social, entre antropología académica y no académica, y entre investigadores y “sujetos de estudio”. Daremos cuenta también de un incidente producido en la sesión final del congreso ya que apunta a los presupuestos valorativos del modelo de historización (y de memoria social) vigente.

[¿Arqueólogos a la defensiva, antropólogos sociales al ataque?]

Uno de los principales clivajes operantes en el congreso viene de lejos en la historia de la antropología nacional (y mundial) y refiere a las consabidas distinciones subdisciplinarias, entre las cuales la que vincula y separa a la arqueología y a la antropología social ha adquirido (por lo menos en las instituciones porteñas) una marcada preeminencia desde el retorno democrático¹⁴.

La gestación misma del congreso evidencia este troquelado ya en sus dos organizadores. En efecto, fueron el antropólogo social Carlos Massotta y la arqueóloga Vivian Scheinsohn¹⁵ quienes, como se dijo, asociaron fuerzas al interior del INAPL y ofrecieron a su directora la propuesta del encuentro, la que fue aceptada y apoyada como actividad central de la celebración del 75º aniversario de la institución. Lograda esta situación de beneficios mutuos para todas las partes, se procuró distribuir las etiquetas “antropología social” y “arqueología” lo más equitativamente posible en los conversatorios y las conferencias (en este caso la identidad de la oradora del EAAF era sobreentendida como “antropóloga aplicada”). Aunque no fue planificado, la organización de simposios exclusivos por parte de cada orientación disciplinaria (incluyendo antropología biológica, folklore, lingüística y museología) refleja el mismo impulso de cismogénesis, al decir de Bateson. Es importante señalar, no obstante, que la tensión entre arqueología y antropología social se presenta en términos tendencialmente jerárquicos, con la segunda ocupando una posición de preeminencia y hasta de “englobamiento del contrario” (Dumont 1970); esto suele conducir, en caso de debates y roces, a expresiones o

¹⁴ Dejamos para otra ocasión el análisis del clivaje entre antropología social y bioantropología que también se manifestó en el CHAA aunque con menor intensidad.

¹⁵ Ambos pertenecen a la primera generación graduada en democracia en la UBA.

insinuaciones “defensivas” entre los representantes ocasionales de cada una de las subdisciplinas¹⁶.

Veamos cómo apareció en la mención y en la práctica este juego de identidades contrastantes que se tornan adversativas. Durante uno de los conversatorios, la expositora Susana Luco (investigadora independiente con “las dos formaciones”) señaló que, en su investigación de la implantación del procesualismo entre los arqueólogos de la UBA y la UNLP durante los años ochenta, “era percibida en el campo como antropóloga social y era recibida como tal por los arqueólogos en general, pero no por todos” (Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina 2020: 37). Así comenta:

Tuve una dificultad muy grande en el campo, que creo que es un ejemplo perfecto de esto que digo. Yo era muy prolija, aun trabajando *desde otra orilla* –como me decían los arqueólogos–, muy prolija con los encuentros [...] Digamos, me cuidaba mucho de respetar los espacios, porque empecé a ver que no siempre agradaba. Pero me pasó una vez que había consensuado observar el encuentro, y sólo observar –como participante silenciosa o no participante casi– algo que era importante, una discusión que tenía que ver con los espacios y las materias, se estaba repensando cómo distribuir las materias en Buenos Aires. [...] y fui retirada, retirada de forma violenta y sentí claramente, más allá de lo que me pasó digamos a mí, sentí esto, digamos, como *dos tribus. Dos tribus*” (ibidem, nuestras cursivas).

En el mismo conversatorio, Máximo Farro (CONICET-UNLP) reconocía la distinción entre arqueología y la antropología social --“dos mundos que parecen irreconciliables”-- como un efecto disciplinar acentuado en el presente (y reforzado por tradiciones institucionales). Pero seguidamente advertía que en su investigación de los inicios del Museo de La Plata debía estar vigilante para “no tratar de establecer los clivajes modernos o las divisiones modernas a algo que tal vez los

¹⁶ Tengamos en cuenta que “antropología” es el término no marcado y así como reaparece en la subdenominación “antropología social”, está ausente en la de “arqueología”. Precisamente porque carece de sentido para los practicantes la etiqueta “antropología arqueológica”, queda marcada lingüísticamente la “diferencia”. A la inversa, los arqueólogos se distinguen de otros antropólogos, enfatizando que éstos son “sociales”, “biológicos”, etc., cuando ellos mismos *también* lo son o podrían serlo según criterios epistemológicos.

actores en el pasado codificaban de forma distinta” (Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina 2020: 38).

Por el mismo andarivel de reconocimiento de tensiones entre dos “tribus” o “mundos” transcurrió el simposio 17 (“El papel del conocimiento arqueológico en la conformación de las identidades locales, regionales y nacionales”), coordinado por la propia Vivian Scheinsohn (co-organizadora del congreso), María José Figuerero Torres (IA-UBA) y Cristina Bellelli (INAPL-CONICET). No es un dato menor que tanto las organizadoras como la mayoría de los asistentes se filiaran a la arqueología. Tampoco lo es que el simposio hubiese servido para dar a luz a un debate sobre la idea de “arqueologización”, el cual se verificó entre dos ponencias, la de la antropóloga social Celina San Martín (“De la arqueologización al arkhè. Una revisión de la pregunta arqueológica por lo político”) y la de dos de las organizadoras del simposio, Scheinsohn y Bellelli (“Las personas y las cosas: la arqueología entre el pasado y el presente”), en respuesta directa a la anterior. Por su parte, la tercera organizadora, la arqueóloga María José Figuerero Torres, siendo compañera de equipo de San Martín, intervino en la discusión desarrollando un argumento que apoyaba indirectamente las ideas de ésta última (“Puentes entre el pasado y presente. La representación de lo indígena en la arqueología de Patagonia”)¹⁷.

¹⁷ Brevemente, la discusión se dio en torno al uso del término “arqueologización” y a las consecuencias negativas de relegar a los miembros actuales de comunidades indígenas al pasado. Scheinsohn criticó el uso del término “arqueologización” en trabajos previos de San Martín y se preocupó por aclarar en varias oportunidades que “la arqueología actual no arqueologiza” y advirtió que “seguir utilizando este término trae *prejuicios que ya están instalados en el ámbito académico* en diferentes especializaciones antropológicas y eso afecta la práctica cotidiana de los arqueólogos”. Agregó que “la percepción de la arqueología en las ciencias sociales atrasa” y defendió a la arqueología actual diciendo que “ha abandonado el pasado como su terreno exclusivo”. Scheinsohn Y Bellelli apuntan a los prejuicios que los antropólogos sociales tienen respecto de los arqueólogos, en los que obran menos las discrepancias epistémico-metodológicas que --agregamos nosotros-- el hecho (inscripto en la vulgata de los antropólogos sociales) de que “la arqueología” haya sobrevivido *casi* indemne a la última dictadura militar. A pesar de que previamente San Martín explicitó en su ponencia que su objetivo no era ni defender el uso del término “arqueologización” ni analizar el daño que ha hecho su uso, sino reflexionar sobre esta metáfora en la filosofía (tomando especialmente los aportes de Derrida y de Freud), Scheinsohn y Bellelli se sintieron aludidas, pues privilegiaron una lectura del campo académico que posiciona a la arqueología “a la defensiva”. Por su parte, Figuerero Torres retoma el concepto de “arqueologización”, en el sentido de anclar a los indígenas en el pasado, y lo relaciona con el concepto de “invisibilización”. Deduce de su investigación acerca del uso de ciertos términos en el discurso arqueológico que “no se está conectando la gente que se estudia en el pasado con la gente de hoy en día”; “hoy se sigue arqueologizando”, y “no se están conectando los resultados de los trabajos con elementos que afirmen la identidad de los pueblos regionales y emergentes que se están consolidando en la última década”. Así, las diferencias entre las tres coordinadoras respecto a la ponencia de San Martín responden a dos lecturas distintas de “arqueologización”. En un caso, se lee una amenaza a la legitimidad de la práctica arqueológica en espacios académicos y de prácticas en terreno, mientras que en el otro caso, se percibe la asignatura pendiente de dar voz a los indígenas en la reconstrucción de su “propio” pasado.

Es importante señalar esta situación como una de las pocas en que un clivaje mencionado o implícito adquiere publicidad en el plano de la interacción. El debate puede reformularse en otros términos, esto es, como una disputa en torno al privilegio metadiscursivo que busca monopolizar cada subdisciplina para sí misma¹⁸. En este punto, la antropología social parece correr con una ventaja inicial en la medida en que puede encuadrar *de entrada* a la arqueología como una práctica social “observable”. No es que los arqueólogos no puedan esgrimir el mismo gesto de cara a la antropología social pero la índole de su especialización metodológica y temática requiere un esfuerzo extra para acceder a la prácticas “vivas” de la antropología social, salvo que apelen a la “metáfora arqueológica” o bien, como se evidencia en la línea de los estudios de la ciencia surgida en la UNLP, pongan el foco en las materialidades y las infraestructuras, registros habituales del análisis arqueológico. En otras palabras, existiría un efecto de campo que, en principio, distribuye desigualmente los recursos metodológicos a disposición de estas subdisciplinas para su mutua relativización, razón por la cual la percepción moral de los agentes involucrados varía entre la actitud defensiva del que se ve subordinado y señalado “injustamente” (los arqueólogos) y la sorpresa del que actualiza una posición estructural por default ventajosa (los antropólogos sociales). Sin embargo, en el contexto del CHAA estos ejes estructurales son modalizados por las posiciones y trayectorias académicas de las debatientes. En este caso las arqueólogas ponen en juego una importante acumulación de capital específico y autoridad discursiva que les permite, dentro del marco acotado del simposio, neutralizar la tentativa crítica de la antropóloga social, una doctoranda aún en proceso de consolidación académica. A pesar de las incomodidades suscitadas en el intercambio de palabras, gestos y “personas” (en el sentido de máscaras), es de destacar que la interacción pudo mantenerse dentro de los ejes rituales, conservándose el foco de atención y una intensidad anímica que no desbordó en una ruptura del lazo académico “entre

¹⁸ No sólo se trata de disputas entre subdisciplinas o entre disciplinas. Un antropólogo social puesto a analizar la antropología social asume automáticamente un lugar ambiguo, al distanciarse de la “actitud natural” de su práctica profesional.

colegas” perteneciente a un mismo horizonte comunitario (ver luego “saber pelearse a muerte”)¹⁹.

[¿De qué des-academización hablamos? Compromiso político, necesidad laboral, generosidad epistémica y enigmas]

Señalamos que el incremento en las prácticas de historización de la antropología argentina encuentra un fuerte impulso en las transformaciones del propio campo antropológico. Presiones laborales empujan el ejercicio profesional hacia espacios diferentes del tradicional par docencia universitaria e investigación, presentándose, cada vez mayor frecuencia, trayectorias y voces provenientes del ámbito de las consultorías, el extensionismo, la gestión pública, la enseñanza secundaria e incluso del “mercado”. Así ha venido a sedimentarse un clivaje entre las llamadas “antropología académica” y “no académica” cuya superficie de aparición en el marco del CHAA debe ser descifrada.

En principio, sigue vigente en el estado actual del campo, una dependencia de las antropologías aplicadas, sea cual sea su definición, de la antropología académica como fuente de legitimidad. De hecho, muchas veces el clivaje pasa por roles intercambiables y alternativos en un mismo actor, esto es, refiere a prácticas inmanentes más que a sedimentaciones clasificatorias. No obstante, hay una incipiente tendencia en los programas de grado y posgrado a formar en saberes específicos que se desarrollarían por fuera del ámbito académico, lo que eventualmente podría desembocar en nuevas definiciones identitarias e intereses sectoriales.

El congreso visibilizó esta situación ya desde la doble conferencia inaugural, otorgando un espacio privilegiado a la oradora que presentaba la trayectoria del Equipo Argentino de Antropología Forense. Ciertamente, esta invitación tomaba en cuenta el encuadre ético del congreso y la sede donde se celebraba, pero nada de esto impedía reconocer una apuesta más fuerte, a saber: que “toda” la antropología argentina valora en el EAAF no sólo un caso exitoso de “aplicación” sino la realización concreta del ideal de compromiso político de la disciplina esgrimido

¹⁹ Estas observaciones provienen del detallado registro etnográfico realizado por Mariana Rud, estudiante de grado.

desde varios ángulos (y no siempre en el mismo sentido) de la academia nacional desde el retorno democrático. Bajo el auspicio de este verdadero fetiche de reconocimiento se desplegó un ritual en el que, sin embargo, se vislumbraron tensiones y matices procedentes de los que reclaman poner en juego un saber práctico y no “meramente” académico.

En los simposios 10 y 23 se pone el acento en el clivaje apelando a nociones como aplicación, transferencia o extensión, justificadas en términos de compromiso con los sectores populares “en territorio”. Desde esta óptica hay que entender uno de los pocos trabajos historiográficos que toma por objeto la antropología aplicada. Se trata de la ponencia de Julieta Infantino y Hernán Morel (“Del folklore aplicado a la antropología comprometida. Cruces, solapamientos y fricciones entre modalidades diferenciales de conceptualizar la ciencia y su rol social, 1955-1974), quienes reconstruyen la propuesta de “folklore aplicado” diseñada por Augusto Cortazar en los años sesenta en el marco del desarrollismo comunitario, así como su crítica desde posturas “comprometidas”. Interesante como resulta el estudio, se deja ver que los autores experimentan el clivaje con lo no académico “desde dentro” del claustro, específicamente, desde posiciones académicas orientadas a la “transformación social”.

Lo mismo podría decirse del acto de memoria que realiza Hugo Ratier en uno de los conversatorios al mencionar que durante su gestión al frente del Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA en los años 1973 y 1974, fomentó la realización de seminarios de Antropología Sanitaria, Antropología de la Vivienda, Antropología de la Educación, Antropología Indígena y Antropología Rural, actividades que precisamente se enmarcaban en la crítica al modelo de aplicación al estilo Cortazar. “La idea era que la gente *saliera* de la facultad y fuera a trabajar en problemas vinculados con esas áreas, que eran consideradas las prioridades en cuanto a las *necesidades populares*” (Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina 2020: 15, nuestras cursivas).

En el simposio 23 no aparecen claramente delineados trabajos historiográficos pero se plantea enfáticamente la redefinición del “quehacer antropológico en la actualidad” a partir de una articulación entre investigaciones y

proyectos de extensión en el marco del programa UBANEX que nuclea a varios de los participantes del simposio. Aquí los argumentos en favor de una des-academización vienen engarzados con la atención a la definición de problemáticas por los actores sociales involucrados. En las sesiones de discusión Malena Castilla (UBA) destaca el “trabajo en conjunto con las comunidades indígenas, la producción de ‘teoría’ en conjunto con los sujetos de estudio y compartir dicho conocimiento con ellos”. Pero la cuestión del trabajo “en conjunto” sigue dependiendo tendencialmente de la academia como fuente de reconocimiento. Expresa Sebastián Valverde (UBA), uno de los organizadores:

[la] academia está reconociendo más, ya sea las universidades o los organismos de CyT, lo que es la transferencia, lo que es el compartir el conocimiento en forma de articular o cogestionar con las comunidades como algo válido y como algo que también se está empezando a valorar, en términos académicos, no como una cosa de segunda, de tercera o cuarta. En la Facultad de Filosofía y Letras empieza a haber una generación de estudiantes que van a poder rendir prácticas como parte de los requisitos para poder aprobar las materias y en los organismos de CYT también. Ya este año ingresan al CONICET la misma proporción de lo que son proyectos, lo que es, por un lado, investigación básica y, por el otro, investigación aplicada donde tiene que haber una experiencia en la aplicación de esos resultados y en muchos casos, no quiere decir que siempre sea así pero, en muchos casos, es el trabajo conjunto con las comunidades (pueblos indígenas) o con distintos sectores sociales que están por fuera de la academia, de lo que son ese debate de forma conjunta. O sea que, hay un cambio que se está dando²⁰.

En definitiva, el llamamiento o reivindicación de la extensión, la transferencia y la colaboración a los fines de una práctica transformadora de las situaciones problemáticas “en territorio” se realiza *desde la academia*. Con todo lo que revelan estas menciones del clivaje en discusión, el planteo de la problemática desde los actores mismos sigue siendo mediado por los antropólogos.

Es sintomático que las apelaciones a una virtuosa des-academización hayan sido articuladas en relación a compromisos políticos de grupos académicos. Esta

²⁰ Registro etnográfico realizado por Florencia Perrier.

situación no es poco familiar, pero nos preguntamos por una ausencia, precisamente la de los practicantes de antropologías aplicadas que no tienen apuestas académicas y que, por ende, ven muy poco incentivo en participar en estas reuniones, mucho más cuando se trata de poner en juego prácticas de historización. Más allá de preferencias y compromisos políticos, hay un ejercicio de la antropología “no académica” (consultorías de mercado, por ejemplo) del que el CHAA guarda un registro casi nulo.

Los simposios 3, 16 y 18, centrados en las temáticas de la antropología en la gestión pública y en la enseñanza no universitaria de la antropología, abren a problemas en los que la tensión entre “academia” y “no academia” asume otros matices. En efecto, aquí las estructuras institucionales (administración pública, sistema escolar, etc.) en cuyos marcos se desarrollan estas prácticas son altamente autónomas y están en condiciones de plantear sus propios términos de legitimación del ejercicio profesional, lo cual redundará en otras modalidades de historización de la antropología.

Finalmente, otra materialización del clivaje que venimos discutiendo refiere a lo que queda “excluido” del discurso y de la academia en un sentido amplio. Aquí se inserta la problemática de los simposios 8, 12 y 14, también reflejada en un conjunto de ponencias dispersas en otros grupos de trabajo. Las referencias a marginados, aficionados, huaqueros, coleccionistas, exploradores, autodidactas, etc. dibujan espacios de prácticas que ponen a prueba la definición de antropología generada desde un orden discursivo y campo reputedamente propio y estabilizado. Este recorte del problema es abordado en casi todos los casos a través de historizaciones puntuales llevadas adelante, al igual que los otros casos, por practicantes académicos de la disciplina.

[De la colaboración en el terreno y el texto a las denuncias “en casa”]

La dirección de des-academización que busca abrir un diálogo epistémico con actores “en territorio” puede reformularse como una tensión entre investigadores y sujetos de estudio. Esta cuestión emergió en varios simposios (por ejemplo, 7, 13, 17, 23) destacándose positivamente el rol de los investigadores en tanto productores de datos, gestores, intermediarios entre el Estado y las comunidades; así como

crecientemente abiertos a desarrollar proyectos de investigación “en colaboración” sumándose a las agendas elaboradas por los actores en torno, por ejemplo, a reclamos de tierras, restituciones de restos, gestiones de patrimonio histórico e identidad, etc.

No obstante, se plantearon en algunos encuentros críticas e impugnaciones desde el lugar de enunciación de “pueblo indígena”. Esto se hizo particularmente visible en el simposio 13, “Entre dictaduras y democracia: historia de las relaciones entre la arqueología, la antropología biológica y la antropología social. Un homenaje a Hernán J. Vidal (1957-1998)”, organizado por Ana Cecilia Gerrard (CADIC-CONICET/ ICSE- UNTDF), Mariela Eva Rodríguez (UBA- CONICET) y Magdalena Vidal (FFyL, UBA)²¹. Miguel Pantoja, quien se presentó como selk’nam, y Cecilia Gerrard, denunciaron en sus ponencias²² el rol de los etnógrafos y arqueólogos en la construcción de la “extinción” de los indígenas fueguinos. Se argumentó que los saberes antropológicos fueron parte constitutiva de la construcción del pasado en Tierra del Fuego, vinculándose fuertemente al proyecto nacionalista, lo que implicó un colonialismo interno en el que la ciencia se puso al servicio de la geopolítica. De esta manera, explicaron, la antropología reclamó para sí el monopolio de la palabra legítima sobre los indígenas, a quienes declararon extinguidos. “Los selk'nam fuimos arqueologizados”, dijo Pantoja; “esta ciencia, básicamente Chapman²³, nos posicionó en el pasado” pero “yo estoy vivo, mi pueblo está vivo”.

Pero Miguel Pantoja fue más allá y se refirió también al reclamo en curso que realizó a un bioantropólogo. Alegaba que este profesional había obtenido muestras de restos humanos indígenas en un cementerio fueguino sin solicitar el consentimiento de la comunidad selk’nam. El señalamiento por parte de un indígena de “uno de los nuestros” generó un clima tenso que se amplificó en la ronda de preguntas. El orador insistió en que buscaba dar testimonio de la continuidad de las malas prácticas de la antropología, aunque consideró que era posible construir un diálogo simétrico entre

²¹ Este registro observacional fue realizado por Agustín Pucci.

²² “De la antropología sobre Tierra del Fuego a la antropología fueguina: el papel de la disciplina en la ‘extinción’ de los selk’nam”, de Cecilia Gerrard en coautoría con Miguel Pantoja, y de éste último, “La manipulación del Wot’n: de la “participación” a la investigación colaborativa”.

²³ Se refiere a Anne Chapman, antropóloga de origen franco-estadounidense, quien realizó investigaciones arqueológicas y etnografías de rescate en la región desde la década de 1960. Sus numerosas e importantes producciones académicas y de divulgación tuvieron un considerable impacto público.

las comunidades indígenas y los antropólogos durante el proceso de conocimiento. Daba como ejemplo la publicación de un trabajo suyo y su misma participación en el congreso.

Para los fines de nuestro argumento, esta situación de interacción revela de un golpe la presencia de una fuerza y de un discurso que viene del “exterior” a poner a prueba el orden discursivo de la disciplina y las posiciones académicas. La construcción ritual de los efectos comunitarios queda en entredicho pues no todos los participantes en el recinto comparten el mismo foco de atención y consonancia emocional. Las preguntas que siguen a la intervención insinúan apoyos tanto como suspicacias, donde algunos leen “denuncia”, otros leen “amenaza”, donde algunos perciben “trauma”, otros ven “manipulación”, o más bien, todas estas impresiones se dan confusamente juntas en el recinto. Lo destacable es la emergencia de este acontecimiento limítrofe en y por el cual “un selk’nam” puede articular su voz y expresar en primera persona su postura en un foro académico. Pero no se trata de una irrupción rizomática; Pantoja está sostenido por participantes legítimos del campo que llevan adelante una agenda democratizante de “antropología colaborativa” y disputan espacios “en territorio”, en la academia y en el espacio público. Por otra parte, y no es un dato menor, los enunciados de Pantoja respetan las formas de un trabajo que sigue las reglas del discurso académico. Se entiende así, por contraste, un incidente inmediatamente posterior donde la misma persona tuvo un intercambio de palabras con un antropólogo platense a cargo de gestionar desde el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) los reclamos de restitución de restos. Esta discusión giró en torno a la poca atención oficial prestada a la denuncia de Pantoja pero lo significativo es que “la pelea” tuvo lugar en el pasillo, es decir, fuera del escenario del intercambio ritual académico racional y pacificado.

En síntesis, es importante atender a los desafíos de democratización del campo y el discurso antropológicos pues condicionan las modalidades emergentes de historización de la disciplina. El ejemplo más urticante, como ya se vio, es la cuestión de la denuncia de “arqueologización”, aunque hay otros que, amparados en discursos de “participación”, “consulta”, etc., encuentran mejor acogida en el campo. A primera vista, estas historizaciones resuenan con los consabidos tópicos del

“compromiso” pero de la mano de este movimiento surgen con mayor frecuencia presencias y voces concretas en los espacios académicos, facilitadas por alianzas con legítimos detentores de capital simbólico en el campo. Lejos de estallar e irrumpir, estos actores procuran introducir nuevas cartas y nuevos trucos en un juego que aparentemente pretenden seguir jugando. ¿Un fantasma recorre la antropología argentina?

[¿Combo dictadura?]

En el plenario final del congreso se produjo un acontecimiento que rozó el corazón de los supuestos discursivos y morales que estructuran las formas legítimas de hacer memoria e historizar en democracia. Todo giró en derredor de una provocación (¿o gaffe?) idiomática de Rosana Guber (IDES-CONICET) que fue respondida por Carlos Masotta, mentor del congreso²⁴.

Guber consideró que todos los conversatorios y simposios en los que había participado rondaron sobre un no-dicho, condición discursiva *sine qua non* para enunciar legítimamente la historia de la antropología argentina, y especialmente la de la antropología social de la UBA. Lo denominó “combo dictadura”, significando un paquete cerrado, tomado en bloque, y arriesgó que ese hito fue el más mentado durante el congreso, pero de un modo tal que --interpretamos-- implicaba guiños cómplices de un mismo ritual de memorización comunitaria. Propuso entonces abrir dicho “combo”, ya que al sobreentenderse el sentido de la última dictadura para la antropología y el país, se elude una consideración historiográfica del período y, sobre todo, de sus consecuencias político-académicas en la reorganización de la antropología posdictadura.

Sostuvo Guber que la idea de una “antropología social desaparecida” durante la dictadura rozaba la categoría de mito, y estaba lejos de lo que “en realidad” había sucedido. Con el advenimiento de la democracia en la década del ochenta, la historiografía de la antropología habría “inventado una tradición” de antropología social --inexistente hasta entonces a excepción de la experiencia en Misiones-- en guerra a muerte con la etnología porteña (representada en Bórmida y sus

²⁴ Las observaciones de esta situación proceden de un video oficial filmado por Myriam Angueira.

discípulos), con el fin de realizar una “intervención normalizadora” y “restaurarla”, suplantando de paso las corrientes teóricas de Europa Central por las anglosajonas y francesas. El problema, según Guber, fue que esta operación devino sentido común lo que, paradójicamente, traería aparejada una concepción ahistórica del presente. En sus palabras, la “teoría nativa” de “los setenta, la dictadura, la antropología social” --el susodicho “combo”-- es “nuestra piedra filosofal [...], desde dónde formulamos nuestros interrogantes cuando hablamos sobre todo” y que, por lo tanto, “puede llegar a ir para atrás y abarcar épocas realmente muy llamativas”. En consecuencia, la interpretación del pasado disciplinar es muchas veces antagonista, en términos de amigo-enemigo. Reflexionaba, en fin, que esa “extraordinaria dependencia” de la citada teoría nativa tampoco permite “crear teoría para ver nuestra propia teoría antropológica”.

Consideramos que la intervención de Rosana Guber, activísima participante del congreso, está condicionada por varios clivajes simultáneos: entre generaciones, entre grupos de pertenencia académica-política e interinstitucionales. Su autoridad para “armar” semejante “bomba” en público se funda en pertenecer a esa generación que vivió la dictadura como estudiante de antropología en la UBA (“yo estuve ahí, no me lo contaron”), en ostentar una posición de “intocable” en el campo antropológico nacional (homologada por autorizaciones internacionales) aunque situada en una institución “de refugio” como el IDES y, a la vez, en sostener una disputa con sectores poderosos de la antropología de la UBA y de otras instituciones aliadas. Precisamente con estos últimos ha entablado ya desde hace tiempo una polémica historiográfica y política en torno a los sentidos de la “antropología comprometida” durante los años sesenta y setenta en la Argentina.

El llamado de atención de Carlos Masotta sobre la frase “combo dictadura” no responde a posicionamientos institucionales e ideológicos antagónicos a los de Guber, aunque él mismo pertenezca a una generación posterior, nacida a la antropología en democracia y quizá consumidora acrítica del mentado “combo”. Más bien interpretamos su advertencia en línea con una aproximación mito-crítica a la historia. Es menos en función de la disputa entre grupos académicos en pos de la verdadera historia de la antropología (social, de la UBA) y más la intuición de todo lo que

está en riesgo en esa frase controvertida de Rosana Guber, lo que mueve a Masotta a expresar su malestar ante una virtual “banalización del terrorismo de Estado”, tanto más cuando ella es enunciada en ese “aquí y ahora” de la ex ESMA donde se estaba celebrando la finalización del congreso. Este incidente no puso en riesgo el proceso ritual de construcción comunitaria a través de los clivajes pero quizá dejó como saldo el reto de construir una “teoría nativa” de la historia de la antropología argentina que oscile entre el mito y su deconstrucción.

Las Actas del congreso: lo salvado del fuego ritual (y el misterioso clivaje 11)

Si algo caracteriza últimamente a las actas de los congresos académicos es su condición de documento selectivo y editado de lo acontecido. A esta condición se suma la de “cálculo curricular” consistente en ponderar las ventajas o desventajas de dar a conocer un texto que luego puede ser transformado en artículo, la falta de tiempo para reescribir una ponencia, etc. En cuanto al CHAA esto tiene su expresión en unas Actas que solamente reúnen unas magras 34 ponencias de las 204 anunciadas en el programa, precedidas por una “Nota introductoria” (del Comité Organizador), un “Comentario liminar” (por Axel Lazzari y Carlos Masotta), las “Palabras de bienvenida” de Leonor Acuña, directora del INAPL, una de las dos conferencias inaugurales (por Carlos Masotta) y la transcripción de los dos conversatorios²⁵.

Este hecho ya de por sí conlleva una advertencia metodológica respecto del uso de este tipo de documentación a la hora de ponderar presencias y ausencias, relevancias y protagonismos en las reuniones académicas. Se sobreentiende que en las Actas se pierde el espesor de las discusiones, las sociabilidades y las intensidades del ritual pero no que desaparezcan de ellas simposios enteros y ponencias claves. Por ejemplo, en las Actas han quedado rastros parciales del debate mencionado en el simposio 17 en torno a la noción de “arqueologización”, pues sólo se publicó una de las ponencias (San Martín 2020: 328-335). Esto no es responsabilidad de los editores; más bien se trata de un potente efecto de campo en

²⁵ Carecemos de un registro de las ponencias efectivamente presentadas pero cálculos aproximados indican alrededor de 190. Ver tabla en el Anexo.

el que talla fuerte el cálculo ya mencionado, llevando en definitiva a una mutación en el rol de las Actas que de documento central y prestigioso tiende a transformarse (aun cuando son arbitradas y editadas, como en este caso), en una mera recopilación de las producciones poco valoradas en las evaluaciones entre pares, guionados por los criterios de productividad de los organismos científicos. Estas cuestiones de política científica, asumidas por los agentes del campo, conspiran contra la posibilidad de producir un documento textual que refleje más adecuadamente, en volumen y variedad, el estado de la cuestión --en este caso sobre la historia de la disciplina-- promoviéndose así la dispersión de las publicaciones. En otras palabras, si algo documenta la práctica actual de la publicación en Actas en función de un cálculo curricular es --aparte de un valioso residuo informacional de los congresos- la presencia de un clivaje general que debemos agregar a nuestra lista de diez. Nos referimos a la tensión entre todo el campo científico y el espacio social total, y en éste, al papel de las organizaciones estatales y de mercado que determinan no sólo las agendas de investigación y la inversión de recursos sino el propio hecho de la existencia de dicho espacio de saber científico repartido en disciplinas con bases institucionales.

Conclusiones: ¿“saber pelearse a muerte”?

Llama la atención la imagen de la antropología argentina que brota de las palabras de bienvenida de Leonor Acuña, la directora del INAPL. Asumiendo el papel de testigo y de extranjera disciplinaria (“soy de Letras”), delinea admirativamente el ethos profesional de “mis colegas antropólogos”,

a los que desde mis 24 años he visto estudiar, leer, discutir, *pelearse*, ir al campo, volverse eruditos, inventar, comprometerse, gestionar, ocupar cargos, preparar proyectos, publicar, volver a ocupar cargos, *conspirar*, hacer política, *pelearse a muerte como solo saben pelearse los antropólogos* (Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina 2020: 5, nuestras cursivas)

La causa de este *saber pelearse a muerte* vendría dada porque entre sus representantes principales hubo y hay una “decisión de un *nunca más* de lo que

vivimos con la última dictadura militar” (ibídem, nuestras cursivas). Esta convicción, esta porfía, sería el secreto de la autoestima que habría hecho de la antropología, a los ojos de Acuña,

una disciplina *poderosa* tanto en los contenidos de todas sus especialidades como en su lugar entre las Humanidades. [...] La Antropología es probablemente la disciplina de Humanidades/ Sociales que *más poder ha conseguido en la Argentina en los últimos años* (ibídem, nuestras cursivas).

Esta (re)presentación de la antropología, aquí en una palabra oficial, ¿es tan inusual como aparenta o es el resultado de ese “mito” del amigo-enemigo señalado por Guber? Es de notar que el énfasis elogioso en el antagonismo depende de reconocer en él un poder virtuoso de construcción comunitaria. No muy diferente es nuestra intuición, esta vez como “insiders”, del desarrollo reciente de la disciplina. Resulta una perogrullada señalar que las tensiones son parte constitutiva de la historia de la antropología argentina y de los modos de historizarla “a la argentina”. Pero se trata de tiranteces que albergan un ideal de comunidad que, lejos de imaginarse orgánica, reconoce al conflicto como estructurante, e incluso en ciertas ocasiones deviene en un rasgo identitario distintivo: saber pelearse como solo lo saben hacer los antropólogos... Es a partir de estas tiranteces manifestadas a lo largo del congreso, que se ponen juego las trayectorias y experiencias personales de los agentes, las construcciones identitarias y las disputas de poder por recursos y reconocimiento de autoridad.

Este trabajo ha tenido como objetivo presentar someramente algunas indicaciones que deben seguir profundizándose. Nos hemos concentrado en determinar las transformaciones del campo y del orden del discurso, así como los efectos de un ritual de interacción, con el propósito de dar cuenta de las condiciones en que aparecen las modalidades de historización en el congreso. La tarea pendiente es analizar en detalle los contenidos concretos de dichas historizaciones, sus selecciones cronológicas, temáticas y marcos analíticos, sus sentidos generales y valoraciones morales. Cumplido ese objetivo estaremos mejor preparados para descubrir correspondencias significativas entre, por una parte, lo enunciado e

interpretado sobre una autora, una época, un acontecimiento, un método, un imaginario o un mapa conceptual y, por la otra, la posición del enunciador y el destinatario en los diversos clivajes situados.

Al interior de la “república de los antropólogos” pueden procesarse disidencias, redistribuyendo posiciones en el campo, alterando criterios de inclusión/ exclusión e instilando ritualmente comunidad y tradición, pero existen también fuerzas limítrofes del orden de lo “no académico” y de las “epistemes alternativas” que puján por ser reconocidas, lo que eventualmente plantea una prueba democrática a los privilegios que la antedicha polis reclama en acto.

A partir de esta lectura puede adelantarse una hipótesis de trabajo sobre el estilo predominante de conciencia histórica en la antropología argentina, acaso respondiendo a la requisitoria de Guber por una “teoría nativa” propia pero también tanteando una nueva posición de enunciación. Teniendo en cuenta que cada intervención metadiscursiva de intención historizante constituye un punto de emergencia en un campo estriado en clivajes pero con fuertes interpelaciones comunalizantes, cabe conjeturar que la conciencia (teoría y práctica) de la historia de la antropología argentina se presenta a los actores/ agentes del campo como una serie de **segmentos concatenados**, produciendo un tipo de continuidad ritmada por “cortes” que abren la posibilidad de cambios de dirección, aunque sin por ello implosionar en fragmentos rizomáticos.

Referencias bibliográficas

- Actas del Congreso de Historia de la Antropología Argentina: pasado y memoria del devenir teórico, político y profesional en Latinoamérica*. 2020. Buenos Aires: Masotta, Carlos (comp.); INAPL.
- Berlin, Isaiah. 1998. *El erizo y la zorra*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Bolstanski, Luc & Laurent Thévenot. 2006. *On Justification. The Economies of Worth*. Princeton: Princeton University Press.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *Campo de poder, campo intelectual: itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- Collins, Randall. 2009. *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Dumont, Louis. 1970. *Homo Hierarchicus. Ensayo sobre sistema de castas*. Madrid: Aguilar.
- Foucault, Michel. 1996. *El orden del discurso*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.
- Gluckman, Max. 1968. "The Utility of the Equilibrium in the Study of Social Change", en *American Anthropologist* 70 (2): 219-237.